

yes de la filosofía de nuestra historia, escritas por el divino Legislador con caracteres inborrables en ese lienzo maravilloso; significación del Sobre-naturalismo en México y augusta revelación de nuestros providenciales destinos. Así nos lo enseña el sabio Pontífice Leon XIII, que con especial cariño trata á nuestra nación y á sus piadosos hijos; pues al hablar de nuestro celestial portento, dice: Conocemos cuán estrechos son los vínculos con que aparecen siempre unidos los principios y progresos de la fé cristiana, entre los mexicanos, con el culto de esa divina Madre, cuya imagen, una admirable Providencia, como refieren nuestras historias, hizo célebre en su mismo origen... persuádanse todos, y estén íntimamente convencidos, que durará entre vosotros la Fé cristiana, en toda su pureza y estabilidad, mientras se mantenga esa piedad, digna en todo de la de vuestros antepasados. La fidelidad, pues, á todos los cultos de la Santísima Virgen de Guadalupe, es el poderoso motivo para consolidar la paz, mantener la fé en toda su pureza y ser para nosotros el augurio de grandes prosperidades, aun en el orden puramente material.

Las instituciones civiles de los pueblos no son más que la consecuencia precisa de sus aspiraciones, en constante y admirable armonía con sus tradiciones, sus creencias, sus hechos heroicos y su historia; factores poderosísimos que contribuyen al desarrollo del bien social, que rodean á la autoridad pública de veneración, respeto é indiscutible prestigio; viniendo de aquí los bienes inapreciables de la paz, la moralidad de las costumbres y el verdadero progreso de los individuos y de los pueblos. Por eso dice Montesquieu [Espíritu de las Leyes]: Las costumbres forman las leyes, y el orden público es el resultado de las aspiraciones populares. El Cristianismo, señores, ha comprendido perfectamente estos principios, y por esto se ha impuesto al mundo siempre, por el dominio de la verdad en las inteligencias y el imperio de la vir-

tud en los corazones, acomodándose á las tendencias de las naciones: he aquí por qué está siempre en armonía con todas las formas de gobierno y sólo es intolerante cuando se trata de barrenar sus enseñanzas doctrinales, ó de vulnerar los derechos de Dios. Así lo veréis engrandeciendo al poder público con el prestigio del Cielo, infundiendo en los súbditos el respeto más profundo, y enseñándoles que ninguna autoridad existe sino dimanada de lo alto. Y lo mismo unge la cabeza de los reyes con el Oleo Santo, como bendice en nombre del Cielo las asambleas democráticas en donde se ventilan los derechos del pueblo y se elaboran sus leyes. Si examinamos á grandes rasgos la marcha del Cristianismo, observaremos el admirable fenómeno de que siempre que la Religión ha reinado en las costumbres y en las leyes, las naciones han recibido bienes fecundos, emanados de la pureza de la moral evangélica y de su noble misión sobrenatural y divina, para levantar á la humanidad hasta los gozos del Cielo. Ni Pedro ni Pablo hubieran encadenado el poderoso imperio de los Césares romanos, si por la fuerza de la convicción religiosa no se hubiesen impuesto á las creencias gastadas y á las instituciones decadentes de aquel coloso. Y el rudo Atila jamás se habría inclinado ante la majestuosa figura de Leon el Grande, si cual otro Pablo no hubiese sido herido por los resplandores sobrenaturales del Vicario de Cristo.

Vengamos á un acontecimiento, si bien muy trillado, pero de admirables enseñanzas para los pueblos, en donde contrasta de un modo avasallador la influencia del Cristianismo en las instituciones y en las costumbres: hablo de la célebre Revolución Francesa. Cuando aquellos hombres quisieron aplastar la Religión halagando al pueblo hasta la saciedad de sus pasiones más bastardas, presentando á esa misma Religión divina como el enemigo perpétuo de sus aspiraciones y tendencias, le prometieron fraternidad, igualdad y libertad; y ¿qué sucedió! ¡Oh!

No sabéis perfectamente: la Religión quedó proscrita hasta de la conciencia de los ciudadanos, y ¡he aquí un pueblo sin Dios, sin templo, sin sacerdote y sin altar! Gritaron Libertad, y atestaron las cárceles de muchedumbres inocentes que no pensaban como ellos! Gritaron Igualdad, y se enriquecieron con los bienes de sus víctimas reinando sobre hacinados cadáveres, como en vasto cementerio! ¡Gritaron Fraternidad y se burlaron de las lágrimas de los huérfanos, y ahogaron en trementas bacanales los gemidos de la viuda! Pasaron esos días de infamia y de inborrable baldón en las páginas de la historia, y volvió el reinado de la Religión, y los pueblos de la antigua Gália, celosos por sus tradiciones y creencias, se agruparon en torno de la Cruz, buscando la paz, la dicha y la prosperidad; y cuando el coloso de la Europa quiso encadenar en Fontainebleau al Pontífice Pio VII, entonces, en nombre del pasado, y como un ejemplo para la posteridad, el Vicario de Cristo repitió lo que diez y nueve siglos atrás habían enseñado los apóstoles: *Non possumus... oportet primum Deo obedire magis quam hominibus.* Imposible... debo obedecer á Dios antes que á los hombres. Y Napoleón cayó de rodillas ante el mismo Papa, para ir á llorar más tarde á Santa Elena la amargura de su falta.

México, Católicos, ha dicho un profundo escritor, no puede vivir ni vivirá sin el catolicismo, y con razón; porque desde la conquista hasta hoy, sus tradiciones, su historia y su ser social se han constituido por el catolicismo; él meció su cuna; él formó las costumbres, engrandeció la patria durante el Gobierno vireinal, y en su independencia y en medio de tantas guerras intestinas, ha conservado en su mayor pureza el espíritu público cristiano. Si el pasado nos enseñó que sólo á la sombra de la Religión Católica, los pueblos han encontrado la dicha, la prosperidad y la paz, ¿no nos será permitido augurar también para nuestra patria una dilatada época de progreso y de paz, no como el resultado de un hecho, sino como la

sanción de un derecho concreto, basado en las aspiraciones de un pueblo eminentemente católico, que ha vinculado sus futuros destinos en ese admirable prodigio de la Aparición Guadalupeña? ¡Ah sí! Por esto os decía al principio, que los bienes de la paz que en este templo soberbio del amor guadalupano venimos á pedir en este memorable día sin segundo en nuestra historia, de la Coronación de la Santísima Madre, deben de ser los bienes que resulten de la ambición á la conciliación de nuestras creencias con nuestras instituciones; fundando así entre nosotros una verdadera república cristiana, en donde de la unión absoluta del pueblo mexicano, vendrá el progreso de la Religión, el prestigio de nuestra nación, el respeto y veneración del poder público, el ensanche de nuestra industria, del comercio y de los bienes materiales que forman nuestras legítimas grandezas; y el porvenir, en armonía con nuestro glorioso pasado, nos proporcionará una era de bienestar, en donde mañana todos seremos hermanos, todos católicos y todos felices.

Así debemos esperarlo fundando nuestra esperanza en el suceso glorioso de la coronación nacional de nuestra Excelentísima Reina; así finalmente nos lo enseña el gran Leon XIII cuyo nombre de hoy más inscribiremos con letras de oro los mexicanos agradecidos en los gloriosos fastos de nuestras historias, cuando dirigiéndose al episcopado y pueblos mexicanos dice: Crezcan, pues, de día en día en su devoción, y ámen con mas ternura á tan Soberana Patrona, y palparán que los dones del eficazísimo patriotismo redundarán cada día más copiosamente en beneficio de la salvación y paz de todas las clases de la sociedad. *Fiat pax in virtute tua et abundantia in turibus tuis.*

Las postrimerías del siglo XIX vienen señalando en la historia la decadencia del mundo por su alejamiento de la fé; y parece que la sociedad contemporánea víctima del indiferentismo religioso, vuelva sus miradas á la antigua creencia,

En términos conmovedores, el orador dió cuenta del respetuoso y cordial recibimiento que se le hizo en un convento de Hermanas anglicanas, quienes están muy ansiosas de saludar con júbilo el día de la reunión de las dos Iglesias.

La confesión y la comunión están reapareciendo poco á poco; lo que prueba que la distancia existente entre católicos y anglicanos disminuye en todos sus puntos. Es de observar que esa evolución de la Iglesia anglicana se debe principalmente á la iniciativa de una parte de la "High Church" (alta iglesia), al grupo de los Ritualistas, que son los conductores del gran movimiento.

Si la conversión á la Iglesia será muy provechosa á Inglaterra, lo será también á aquella. Dicha conversión acrecentaría de un modo considerable la fuerza expansiva del Catolicismo; pues á los actuales contingentes de la verdad, se asociaría el poder de una raza, la más influyente y la más exparcida en el universo. Los gastos que sola Inglaterra destina á sus misiones protestantes exceden fabulosamente á todas las sumas que todo el mundo católico consagra á la propagación de la Fé. La propaganda católica cuenta en su servicio principalmente á los franceses, cuyo celo es admirable; ¿qué sería de ellas si la Iglesia pudiera contar con la energía y la iniciativa de los anglosajones?

Mientras más se estudian los obstáculos que separan el anglicanismo de la Iglesia Católica, más se disminuyen las dificultades que todavía se oponen á su reunión. En efecto, son ya manifiestas entre ellas, las señales de perfecta reconciliación, puesto que existen muy cordiales relaciones entre la Santa Sede y el Reino Británico. El Cardenal Lavignerie fué siempre acogido en Inglaterra con el mayor entusiasmo, y muy populares han sido también entre los protestantes los Cardenales Newman y Manning. El sacerdote católico ha conquistado el respeto de todos, después de la emigración que dió á conocer y apreciar al otro lado de la Man-

cha, y se han disipado todas las preveniciones que contra él existían. En este punto se han ensanchado las ideas, gracias á la instrucción superior y á los numerosos viajes que se han llevado á cabo. Ahora será necesario verificar la unión colectiva ó la de conversiones individuales.

Las opiniones están divididas entre estas dos desiguales esperanzas; pero todos están de acuerdo en el pensamiento de la unión. Para lograr este fin trabajan con mucha actividad los Halifax en Inglaterra y el abate Portal en Francia, quienes han fundado un importante diario intitulado REVISTA ANGLOROMANA. Los católicos ingleses, por lo general, tienen fe, sobre todo en la posibilidad de las conversiones individuales. En todo caso se debe observar los dos métodos simultáneos, aunque no se pierde el tiempo buscando la unión colectiva. Este camino alléga relaciones y aumenta la mutua estimación que conducirá fácilmente á la avenencia.

El abate Klein no se pronunció por ninguna de esas opiniones, y simplemente manifestó que no se debe omitir esfuerzo alguno por atraer á los anglicanos, que tan cerca están de la verdad.

También dijo, que aunque fuese muy probable una futura unión colectiva, no por eso se debe sacrificar á ella la obra de las conversiones individuales.

La conferencia de Klein fué vivamente acogida y el entusiasmo del auditorio se tradujo en ruidosos y repetidos aplausos.

Granos de oro

No puedo creer que haya materialistas ó ateos de buena fé. Los ateos han llegado á serlo, sólo que desechan la fé entregándose á sus pasiones, porque les turba la pintura del porvenir que la Religión les presente.

Diderot.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tp. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruero.

TOMO VIII.

GUADALAJARA, FEBRERO 8 DE 1897.

NUM. 51.

SECCION I.

SERMON

predicado en la Colegiata por el Sr. Canonigo D. Domingo Romero, en la funcion que el día 5 de Octubre de 1895 toco celebrar á la Mitra de Zacatecas.

Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae; ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. Paul. ad Hebr. Cap. IV vers 16

Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser servidos á tiempo conveniente.

¿Por qué nos encontramos, Illmo. y Rmo. Señor, (1) Señores, no en las montañas de Zacatecas, áridas como en otro tiempo los campos de Gelboe, sino en una ciudad legendaria, cuyos monumentos hablan, cuyos campos nos arroban y cuya historia nos es tan conocida?

(1) Presenta el Illmo. Sr. Obispo de Zacatecas,

Hemos dejado atrás nuestros hogares; allí se encuentran las personas que nuestro corazón estima cordialmente; y al separarnos, á pesar de nuestra ausencia, hemos encontrado un nuevo cántico que nos reúne en estos sagrados lugares, que visitamos en peregrinación, no hace un año todavía.

Aún no se apaga en nuestros lábios la última nota, aún no espira en nuestro corazón el último sentimiento dulcísimo del alma; y, congregados de nuevo, venimos á ponernos de hinojos á las plantas del lirio del Valle de México.

Hemos recorrido extensos campos, y al dejar atrás tantos lugares, el alma adormecida en los recuerdos de la Historia, se ha ido á fijar en otras épocas, en otros lugares y en otros climas, con la magia que tiene lo que fué.

El pueblo hebreo está disperso; no tiene templo ni sacerdocio, se ha mezclado con los de todas las naciones sin lograr confundirse jamás. Acabó de vivir; pero al través de los siglos, me parece encontrar su figura, y recordando las amarguras de su pueblo, creo oír el lamento de esa

reproduciéndose en su seno por medio de la expansion de la caridad, los primitivos ejemplos de aquellos héroes que morían por el amor de Jesucristo, y amaban á sus hermanos por el amor de Jesucristo. El Sr. Leon XIII en su carta admirable al Congreso Eucarístico de Bruselas dice á este respecto: Habeis creído que es una reacción la que se opera en el mundo en favor de la fé, pues notadlo bien, no es una reacción, es un progreso que se impone sobre las ruinas del pasado; y en medio de las moribundas sociedades, es el espíritu de vida de los primeros siglos que señala la verdadera ruta á un mundo extraviado. Pues bien, México participa de éste mismo mal; mas se opera en nuestro suelo, no una reacción como se cree, sino un progreso que se impone tambien sobre el pasado; es la majestad de la verdad religiosa que avasalla las inteligencias y el dominio de la virtud que encadena los corazones, levanta los espíritus y fortalece las almas. México tiene que amoldar sus instituciones y sus leyes á los principios de la religión que la nació en su cuna, y ser fiel á sus antiguas tradiciones, para afianzar los sólidos principios de la verdadera paz. ¡Animo, hermanos míos, valor y oración constante, profunda religiosidad en vuestros hogares, resignación á vuestros destinos; una fé grande y robusta, unida á la caridad más ardiente, capaz de trasladar las montañas; y el Dios bondadoso, por intercesión de aquella que se quiso constituir nuestra tierna Madre, derramará sobre nosotros sus favores y sus gracias. *Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis.*

La fidelidad, pues, á los cultos de la Santísima Virgen de Guadalupe, así como á la catolicidad de nuestras instituciones, son las firmes bases sobre las cuales se asentará nuestro glorioso porvenir, hoy que la Reina de México es coronada, más que con aurea corona, con el corazón del pueblo que la adora y que ella escogió por suyo. Una fé ciega nos con-

ducirá á este grandioso éxito, porque María de Guadalupe nos libertó de la idolatría, nos liberó de la servidumbre y ha querido enlazarse entre los acontecimientos solemnes de nuestra historia con su bendito nombre; porque nos lo enseña una larga experiencia de tres siglos y medio, que nuestra Nación que, como otros pueblos se han alejado de Dios, solo encontrarán su salvación volviendo sus miradas á esa misma divina Madre. ¡Oh Virgen Marial, signo de nuestra esperanza y enseña admirable de la paz.

Voy á terminar ya. ¡Oh Virgen María! despues de que por mis indignos labios el amor de la Religión y de la Patria han hablado para gloria y alabanza tuyas, no quiero alejarme de esta veneranda Basílica -monumento de la belleza y del arte cristianos, en cuyos mármoles y broncees palpitan la fé, la religion y el amor de un pueblo—sin que juntamente con los materiales preciosos que se han reunido para afiligranar esta obra grandiosa, venga á nombre de ese pueblo á ofrecerte como humilde, pero imponente homenaje de su entusiasmo, su gratitud y sus creencias, aquello que es el asiento de sus sentimientos y aspiraciones mas nobles y delicados: el corazón que cree, el corazón que espera y el corazón que ama; y al aceptar ¡oh querida Madre nuestra, estas pobres ofrendas de nuestra ternura filial, ¿te dignarás bendecirnos? Si, así lo espero porque eres muy buena y siempre has amado con predilección á tu querido pueblo mexicano.

Bendice, pues, desde ese tu exelso trono, en donde hoy los corazones de tus hijos circundan tu frente, con espléndida corona, al egregio Pontífice Leon XIII que ha querido tener la altísima honra de coronarte. Que venga la paz para él y para la Iglesia Santa, cuyos destinos están en sus manos. *Fiat pax in virtute tua.*

Bendice á los ilustres prelados que se han congregado aquí para realizar el apoteosis de las creencias de nuestro suelo formando en torno tuyo espléndida aureola con su saber, con su virtud y con

la majestad de su presencia. *Fiat pax in virtute tua.*

Bendice tambien á nuestra patria, al clero, á aquellos que nos gobiernan y al pueblo todo, para que se consolide la paz duradera y estable dentro de nuestras fronteras. *Fiat pax in virtute tua,* y derrama inagotables beneficios en el seno de nuestras familias cristianas, para que solo Tú reine en el corazón de las madres y de los hijos, realizando aquella magnífica epopeya, el amor maternal: *et abundantia in turribus tuis.*

Igualmente bendice á la infortunada raza indígena, de la que Juan Diego, tu predilecto hijo, es una de las glorias mas puras; resucita entre nosotros el espíritu del V. Zumárraga, de Bartolomé de las Casas, de Pedro de Gante y de tantos otros para llevar á la chosa pajisa del indio, juntamente con el bendito pan del trabajo, el pan de la inteligencia que se llama la fé, la ilustración y la cultura social. ¡Que resuenen, ay! como en mejores dias las doradas techumbres de este Santuario, con los gemidos y las lágrimas de esa raza desheredada; que resuenen con sus plegarias, mensajeras de sus corazones atribulados, cantadas con las arrebatadoras cadencias de su dulcísima lengua nahuatl! *Fiat abundantia in turribus tuis.*

Bendice al V. Prelado, al ilustrado clero y el católico pueblo de Chiapas, que te han consagrado los magníficos cultos de este dia. Yo sé que te aman mucho y que en su suelo te han erigido templos y altares. ¡Que vuelvan felices á reposar bajo sus techos, para contar á los suyos, las imborrables impresiones de esta memorable jornada! *Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis.*

Finalmente ¡oh Reina y Madre del pueblo mexicano; que junto con tu amor se establezca la paz verdadera dentro de nuestras fronteras, en el ámbito de nuestras ciudades, en el seno de nuestros hogares y en el corazón de los mexicanos, para que unidos todos al pie de tus altares, vengamos á entonar los cantos de la paz en el seno de la Iglesia nuestra Ma-

dre, á quien los mortales llamamos Jerusalén; para ser despues en el Cielo los ciudadanos de aquella divina Ciudad, Vision de paz, en donde seremos felices eternamente.

Amen.

El Anglicanismo y la Iglesia Católica.

En el gran anfiteatro del Instituto católico, en París, dió recientemente el abate Klein una interesante conferencia "sobre el actual estado del problema religioso en Inglaterra, y la necesidad de la reunión del anglicanismo á la Iglesia Católica".

Una concurrencia numerosa rodeaba á Klein, joven y brillante orador que ha permanecido largo tiempo en Inglaterra, estudiando con mucho detenimiento la cuestión religiosa. Dió por base al desarrollo de su conferencia las siguientes palabras de Montalembert: Inglaterra necesita de la Iglesia, y la Iglesia de Inglaterra.

El anglicanismo es el principal culto de nuestros vecinos. Pero ¿tenemos nosotros idea exacta de lo que es la Iglesia anglicana?

El abate Klein ha descrito la característica y consoladora evolución que se está operando en la alta Iglesia de Inglaterra, fracción importante del anglicanismo. Sus ceremonias se aproximan más y más á las ceremonias católicas. Los viajeros ingleses asisten siempre, con preferencia á la Iglesia católica que al templo calvinista ó luterano. Aquí y allí renace el culto de la Santísima Virgen. Por la tarde se canta el *Magnificat*. Ya tiene acogida y acatamiento el celibato de los sacerdotes. Y ya muchos anglicanos se han consagrado á la vida religiosa.